

CUENTO CORTO: 1

Tuve suerte de que estuviera allí

Me despierto del sueño criogénico y flexiono mi brazo cibernético. Los motores en el interior cobran vida con un suave zumbido. Esta vez no está demasiado lento. De hecho, es fantástico. Es increíblemente rápido. Después de un largo momento, me doy cuenta de que este no es el mismo brazo robótico que recuerdo haber construido. Es mejor.

"Hola". Danny está apoyado contra la cápsula, comiendo una ración de comida sin cocinar directamente del paquete de aluminio. Algunas cosas nunca cambian.

Me siento, me estiro e intento quitarme la rigidez del cuello. "¿Qué pasó?" ¿Cuánto tiempo estuve dormido?"

"Cuarenta años, más o menos". Lo dice como si me dijera que la cafetería se quedó sin café.

"Cuarenta". Es muchísimo más tiempo de lo habitual. "¿No deberías estar muerto? ¿O mucho más viejo?"

"No". Se sube la manga. Articulación de titanio. Músculo sintético. La parte de mi cerebro especializada en bioingeniería analiza el diseño antes de que pueda evitarlo. De hecho, ese es mi diseño. El que estuve perfeccionando en mi laboratorio aquella noche. Es el prototipo, el modelo de prueba que el ladrón debía estar buscando.

"Menos mal que yo estaba allí esa noche", dice Danny.

"Pero no había nadie. Yo estaba solo antes de..."

Levanta la mano izquierda. Se me encoge el estómago. No hay duda. Reconozco el patrón de la cicatriz, la estructura distintiva. La pequeña marca de nacimiento en forma de medialuna cerca del pulgar. Ese es mi brazo. Mi brazo *original*.

"Cuarenta años es mucho tiempo para perfeccionar el diseño de otra persona. Pero oye, te dejé la versión mejorada. Cortesía profesional. Como dije", golpea suavemente mi nuevo brazo y sus ojos brillan con un destello de LED, "tuviste suerte de que yo estuviera allí". Y gracias a ti, voy a vivir para siempre".



CUENTO CORTO: 2

Hola, Humano

Los pies del aspirante a héroe lo llevan más allá de los límites de la aldea hasta el manantial que descansa entre las enormes raíces de un árbol gigantesco. El sol poniente proyecta halos violetas a través de la niebla que se eleva sobre el agua. Entra al manantial con su arco y su carcaj (estuche para flechas) en una mano, cuidando su pierna herida. Luego se sienta sobre una raíz abultada.

Allí, posado en la orilla del agua, está ese cuervo otra vez. Lo ha estado siguiendo durante tres días, desde que llegó, recién salido de su fallido intento de asesinar a la dragona que cambia de forma y hechicera que se casó con el rey. El cuervo lo observa con una atención inquietante.

Antes de que pueda pensarlo mejor, ya ha colocado una flecha en el arco. ¿Cómo se llamaba el segundo al mando de la hechicera? ¿Qué decía su mentor sobre las marcas de identificación?

Suelta la flecha.

Justo cuando está a punto de alcanzar su objetivo, tanto el cuervo como la flecha desaparecen en una nube de humo azul. Un instante después, la flecha reaparece en un destello de luz blanca y sale disparada directamente hacia él. Se incrusta en el tronco del árbol justo por encima de su oreja izquierda.

Gira bruscamente. Su nariz casi roza el asta de la flecha. Hay un destello de movimiento en las ramas de arriba. Al instante siguiente, una figura encapuchada cae sobre la raíz a su lado. El frío acero de una daga contra su cuello detiene cualquier intento de huida.

"Hola, humano". La voz de ella resuena con un *graznido* profundo, parecido al de un cuervo. "Creo que no acertaste". Y sé lo que intentaste hacerle a mi jefe". Ella se inclina un poco más hacia él. "Creo que deberíamos hablar. Puede que tengamos objetivos en común".



CUENTO CORTO: 3

Una Buena Historia

Entregué el archivo equivocado.

La realidad me golpea con esa claridad helada que normalmente solo aparece cuando recuerdo que dejé la estufa encendida. Miro Canvas, miro mi historia. No mi ensayo sobre El gran Gatsby, sino mi historia escrita como fan de mi webcómic favorito, sobre dos personajes tomados de la mano y descubriendo lo que sienten el uno por el otro.

Mi estómago se desploma. Mil doscientas palabras. La revisión entre compañeros ya está abierta. Las entregas cerraron a medianoche. Pero quizá nadie se dé cuenta. No es precisamente una comunidad de aficionados muy grande. Me obligo a leer los comentarios.

Sarah: "¡Gran diálogo!"

Marco: "Buen uso de metáforas".

Está bien. Todo está bien. Empiezo a respirar de nuevo. Entonces veo el último comentario, el del maestro.

"Sólido conocimiento de la obra original. Está claro que investigaste muy bien".

CUENTO CORTO: 4

Quince Horas Más

Samuel corría por la calle empedrada. Más adelante había una multitud cerca de la aduana y se escuchaban gritos. Apretó con más fuerza el pergamino escondido dentro de su abrigo. No importaba si él llegaba a su destino, siempre y cuando aquel pequeño papel lo hiciera. Era para un asociado de la imprenta del señor Franklin en Boston: *Las tensiones aumentan a diario. Casacas rojas (soldados británicos) acuartelados en hogares contra la voluntad de sus dueños. Los colonos denuncian acoso y robos. Los ciudadanos exigen acción. Se recomienda publicar un editorial condenando la tiranía del Parlamento.*

Samuel se abrió paso entre la multitud. Alguien, un hombre con un sombrero tricorne desgastado, lanzó un trozo de hielo. Pasó por encima de la cabeza de Samuel y golpeó el mosquete de un casaca roja. Los casacas rojas formaban una línea defensiva, pero la multitud de bostonianos seguía avanzando.

"¡Vamos, espaldas sangrientas!", gritó alguien. "¡Langostas insolentes!" "¡Disparen si se atreven!"

Samuel casi había cruzado la calle empedrada cuando el primer disparo de mosquete rasgó el aire. El estruendo sacudió a la multitud como un relámpago.

Luego vino otro disparo. Los bostonianos se dispersaron, gritando.

Samuel corrió. Solo miró hacia atrás una vez y vio el sombrero tricorne caer al suelo.

Llegó sin aliento a la imprenta y entregó el pergamino al asociado del señor Franklin con las manos temblorosas. El periodista, que había cruzado apresuradamente la pequeña imprenta para cerrar la puerta y asegurar las ventanas, tomó el mensaje con calma y lo leyó. Levantó la vista hacia el rostro pálido de Samuel y luego volvió a mirar el pergamino.

"Bien", dijo en voz baja, dejando el pergamino sobre su escritorio. "Gracias, muchacho, pero creo que los titulares de mañana acaban de cambiar".